

fuerzas del gobierno. Pero Prim ha tenido razón al confiar en su buena estrella:

—¿Quién va en el bote?

—El comandante de la "Zaragoza".

Nuevo silencio, roto al fin por una voz de los de la lancha que pregunta a su vez:

—¿Y ustedes, quiénes son?

—Todos somos amigos.

Palabras vagas, pero que hacen latir el corazón de los emigrados y de los marinos, temerosos todos de haber caído en una celada.

Llegan al fin junto a la fragata, y el comandante anuncia a Topete la llegada de unos "supuestos amigos". Topete ordena que suban a bordo, y al adivinar a Prim —no se conocen todavía—, le abraza.

La revolución puede empezar, pero Topete desea explicarse antes, y allí, en la cámara de la "Zaragoza", el marino expone a Prim los motivos que ha tenido para hacer causa común con los progresistas y unionistas, y le dice que su pensamiento es proclamar a Luisa Fernanda y que al separarse de la obediencia al gobierno reconoce como jefe supremo de la revolución al general Serrano, duque de la Torre.

Prim se aviene a todo menos a proclamar a Luisa Fernanda. No demuestra ante Topete su animadversión hacia la infanta, y argumenta tan sólo sobre la conveniencia de dar a la revolución un matiz puramente nacional, al margen de partidos, y salvar el nombre de Luisa Fernanda de un posible fracaso.

A la mañana siguiente, sin aguardar a los generales que habían de llegar de Canarias, Topete presentó a Prim a la oficialidad y, entre aclamaciones y vivas a la libertad, se inició el pronunciamiento, uno de tantos en la historia de la España contemporánea y al que impropia mente se le ha dado el nombre de "Revolución de Septiembre".

quizás porque, triunfante, costó la corona a la hija de Fernando VII.

A partir de aquel momento, ya entrada la tarde del día 18 de septiembre, cuando los veintidós cañonazos de la "Zaragoza" anunciaban el principio del rápido fin de la monarquía borbónica, todo resultó relativamente fácil. El pronunciamiento, secundado por fuerzas de tierra, con ambiente en el elemento civil, con ramificaciones en todo el país, fué algo incontenible¹.

Cuando después de la llegada de los generales unionistas de Canarias se firma el manifiesto conocido con el nombre de "España con Honra", redactado por Adelardo López de Ayala, ya han encendido la llama del entusiasmo los de Prim y Topete lanzados el día anterior. El de la "España con Honra" lo firman, además de Prim y Topete, Serrano, Dulce, Nouvilas, Caballero de Rodas y Primo de Rivera, firmas que dan importancia histórica al documento. En uno de los "Queremos" —palabra que encabeza algunos de los puntos del manifiesto— hay estas expresiones terriblemente duras para la reina: "Queremos que las causas que influyan en nuestras supremas resoluciones, las podamos decir en alta voz, delante de nuestras madres, de nuestras esposas, y de nuestras hijas; queremos vivir la vida de la honra y de la libertad". El documento lleva fecha del 19 de septiembre, o sea el mismo día que llegan a Cádiz Serrano y Dulce. Once días más tarde, Isabel deitaba para siempre el cetro de sus mayores.

¿Y González Bravo? ¿Qué se han hecho de sus temerarias palabras, de sus arrogantes actitudes? Como todos

¹ "Cuando se produjo el golpe de Estado en 1868, la situación de mi madre era ya insostenible. En el Palacio Real, desde meses antes, no se ignoraba el estado de ánimo en las calles, y hasta a las habitaciones reales llegaba el eco de la tenaz campaña que contra Isabel II hacían, unidos para sitiar el prestigio del trono, los francmasones y los ultramontanos, los republicanos y los progresistas..." *Memorias de doña Eulalia de Borbón*. *Ob. Cit.*, pág. 16.

los bravucones confiados, apenas ha conocido la actitud de la escuadra —en la que tenía ciega confianza a pesar de los reiterados avisos de que se iba a sumar al pronunciamiento—, abandona precipitadamente el poder y con él a Isabel, que llama al general José Gutiérrez de la Concha, marqués de La Habana, para que se haga cargo del gobierno.

Se toman medidas militares y se hacen gestiones de carácter diplomático, y únicamente cuando fallan éstas, el gobierno se apresta a la lucha. Entre las medidas diplomáticas destaca la misión confiada al marqués de Bedmar —fantasma del pasado en la vida de Isabel—, quien se entrevista con algunos miembros de la Junta Revolucionaria de Madrid e intenta obtener su beneplácito para el retorno de la reina a la capital. Fracasada la gestión, el marqués de La Habana se traslada a Madrid, donde ha de encontrar un ambiente de indiferencia, precursor del triunfo de los revolucionarios; pero aun, argumenta, hay esperanzas: algunos generales adictos lucharán por la reina. Esta, con un gesto muy suyo, piensa en aquellas horas difíciles trasladarse a Cádiz y dominar con su sola presencia la revolución. Ante los consejos de los timoratos se decide por no hacer el viaje ni a Cádiz ni a Madrid, sin dejar por ello de tomar otra decisión —gesto también muy suyo— de trasladar a San Sebastián las joyas de la corona, que alcanzan el preciado valor de más de cuarenta millones de reales.

Del viaje a Madrid se ha desistido a última hora por la insistencia de la reina en llevar consigo a Marfori, el galán de turno, para el que siente Isabel un amor extraordinariamente sincero y al fin perjudicial por la pasión que pone en él. Si en otras ocasiones ha luchado para sostener la corona, en esta oportunidad, entre la corona y Marfori escoge sin vacilación alguna a Marfori. Parece fuera de toda duda que el marqués de La Habana, des-

pués de aconsejar el viaje de la reina a Madrid, volvió de su acuerdo al saber que Isabel insistía en llevar al intendente, cuyos consejos —así cubría ella su verdadero sentimiento— le eran imprescindibles. Marfori, claro está, ofrece desaparecer y dejar libre a la reina para que siga su destino de soberana; pero Isabel se enternece con el gesto de Marfori y decide responder a la abnegación con abnegación: no, no regresará a Madrid sin el hombre que la comprende y que ella ama por encima del trono. Este amor tardío —Isabel está cerca de los cuarenta años— ¿resultó al fin el más auténtico de la vida espiritual de la hija de Fernando VII? Esto parece deducirse de su actitud, de su decisión sin vacilaciones ni dudas, de su renuncia sin lágrimas ni aspavientos. “Todo el drama de septiembre de 1868 —ha escrito Pierre de Luz— está ahí. Incertidumbre y, finalmente, capitulación de una mujer enamorada ante el amor”¹. Es tanta la influencia de Marfori, del hombre inteligente —enamorado, según piensa Isabel, de la mujer y no de la reina—, que a última hora, en el momento de las graves decisiones, su palabra convence y decide la situación.

Los palaciegos discuten y aventuran soluciones descabelladas y absurdas. Una de ellas es la del marqués de Miraflores que propone que el rey Francisco marche a entrevistarse con el duque de la Torre y a negociar con los revolucionarios; otra —ésta del infante don Sebastián y el conde de Heredia Espínola— consiste en intentar una sublevación de las provincias vascas en favor de la reina, precisamente las provincias que le han sido menos fieles y que no han de tardar en sublevarse... en favor del tercer don Carlos de Borbón. Tan sólo una parece viable, y de haberla seguido, quizás hubiera resultado al fin un engorro, una incomodidad y un problema para los revoluciona-

¹ *Ob. Cit.* Pág. 241.

rios, porque el pronunciamiento no era antimonárquico, sino simplemente antiisabelino. Parte de un amigo de Prim que fué en otro tiempo personaje influyente: José Salamanca, que en aquellas horas difíciles está en San Sebastián al lado de la reina. "Isabel —sugiere Salamanca— puede abdicar en favor de su hijo el Príncipe de Asturias. El futuro Alfonso XII será confiado a Serrano por el general Léméry". La solución parece gustar a Isabel, place al rey Francisco, ansioso de librarse de tanta intriga y zozobra, y sugestión a los generales adictos, que ven en ella la salvación de la monarquía y de la rama borbónica. Pero cuando todos parecen aceptar la sugerencia, Marfori, con otro rasgo de fidelidad a Isabel, declara que un rey puede abdicar por cansancio, como Carlos V, retirado en Yuste, pero no ante una revolución; en este caso no se abdica, se claudica. La reina se emociona y —cosa mucho más grave para la dinastía— se convence. Decide no abdicar y retirarse al extranjero.

Que la solución de Salamanca era buena para la dinastía y podía poner en aprietos al duque de la Torre, cabeza visible del pronunciamiento, aunque Prim lo era en alma, actividad y prestigio, lo dice el marqués de Lema¹ al relatar, años más tarde, que cuando el general O'Lawcor le preguntó qué hubiese hecho si en aquellos días se presentaban en Cádiz Salamanca y Léméry con el Príncipe de Asturias para ponerlo a su custodia, Serrano contestó sin vacilación alguna y como si la pregunta tuviera sólo una respuesta: "¡Qué había de hacer sino proclamarlo!"

No han faltado historiadores que han puesto en duda, no las palabras, sino la intención del duque de la Torre de proclamar a Alfonso XII, alegando "que ésta es una de tantas cosas que se dicen cuando, pasado el tiempo,

¹ *De la Revolución a la Restauración*. Madrid, 1927.

se puede hablar de ellas sin temor ni compromiso"¹. Pero ya es bastante el comentario para comprender el engorro que hubiese representado para los pronunciados la presencia del Príncipe de Asturias, a quien ya deseaban algunos unionistas —Cánovas entre ellos— y hacia el cual el general Serrano había de sentirse inclinado, de un lado por la insistencia de Topete, partidario intransigente de Luisa Fernanda, y de otro, por el peligro republicano que había cobrado gran fuerza con el destronamiento de Isabel II. Si al duque de Montpensier se le rehusaron los servicios que ofreció prestar a la causa revolucionaria, hubiera, en cambio, resultado difícil hacer responsable al Príncipe de Asturias, niño aún, de ninguno de los males expuestos en el manifiesto. Quizás otra cosa no, pero su presencia hubiese constituido un serio problema para los pronunciados.

Con su consejo, Marfori no sólo consumó la obra de los revolucionarios, sino que cerró la única posibilidad que tenía Isabel de ver continuada la monarquía borbónica en la persona del Príncipe de Asturias. Quizás la solución de Salamanca no hubiese dado el resultado apetecido; pero todo aconsejaba intentarla y responder a la revolución con un gesto revolucionario.

El pronunciamiento se extendió rápidamente: Cádiz, Sevilla, Badajoz, Granada, Huelva, Málaga..., todas las guarniciones del sur de España respondieron con entusiasmo; en Santander, el movimiento tomó un matiz netamente republicano, mientras Madrid se agitaba ante las noticias de los primeros triunfos de los revolucionarios, que por tierra y por mar extendían la sublevación: por tierra, el duque de la Torre, y por mar, el conde de Reus, a bordo de la fragata "Zaragoza", ora presentándose en Cartagena —que se pronunció a pesar de la confianza que el gobier-

¹ Marqués de VILLA-URRUTIA. *Ob. Cit.*, pág. 151.

no había depositado en el gobernador militar de la plaza—, ora en Valencia, que había de sumarse al movimiento con el entusiasmo propio de lo que se ha aguardado por largo tiempo. Alicante no tardó en sublevarse, y con la capital, toda la provincia.

El recorrido de Prim por la costa resulta triunfal. Le acompañan José Malcampo y el general Serrano Bedoya, y mientras por tierra el gobierno sostiene la batalla de Alcolea —que dirige en nombre de Isabel II el marqués de Novaliches y por parte de los revolucionarios el duque de la Torre (28 de septiembre)—, batalla en la cual se decide el trono de Isabel II y en la que ha puesto el gobierno la última esperanza¹, Prim hace sumarse a la revolución las poblaciones del litoral mediterráneo. Sus manifiestos enardecen los ánimos y los emisarios que manda a las ciudades son recibidos en triunfo.

Cuatro días después de la batalla de Alcolea, de la que Prim se ha enterado a bordo de la "Zaragoza", desembarca en Valencia entre las aclamaciones y el delirio general. El conde de Reus es ya el ídolo del pueblo, el hombre de la máxima popularidad. El entusiasmo de Barcelona es inenarrable cuando las campanas de la catedral —cuyos repiques ahogan las salvas de los cañones del castillo de Montjuïc— anuncian que el héroe va a desembarcar en el puerto, que está repleto de un gentío ávido de saludar al paladín de la libertad, proscrito tantos años y al fin triunfante. Los saludos de los amigos, las voces de bienvenida del pueblo, los entusiasmos de la multitud, se suspenden un momento: el general Prim, en medio de un silencio que constituye para él máximo homenaje, abraza a su madre, que ha acudido a recibirlo en aquel día de gloria que compensa quizás, a la anciana, todos los que —tejidos

¹ El marqués de La Habana telegrafiaba desesperadamente al de Novaliches: "La situación de la costa del Mediterráneo es tal, que se hace absolutamente necesario que obtenga V. E. mañana una victoria".

en zozobra y dolor, inquietud y muerte— ha visto transcurrir en una soledad interminable. El hijo triunfador ha sido mucho tiempo un rebelde sobre el cual pesaba una sentencia de muerte. El abrazo es lo más sincero del apoteósico recibimiento. Unas horas más tarde, el conde de Reus puede apreciar la discordia que se ha sembrado ya entre los mismos miembros de la Junta Revolucionaria —fenómeno natural e incomprensiblemente despreciado por los iniciadores del movimiento—, acerca del régimen futuro de España.

Prim, como si presintiera que aquella oportunidad era la última que se le ofrecía para acudir a su ciudad natal, quiso pasar en ella unas horas antes de partir para Madrid, en donde ya había entrado triunfante el duque de la Torre. En Reus hubo más emoción, más sinceridad que en Valencia, Barcelona y Tarragona, en donde desembarcó de la "Zaragoza". Pero entre los suyos había de encontrar también los desengaños más crueles: ¿dónde estaba la espada victoriosa en Africa, que él había depositado en el Ayuntamiento para que la custodiasen sus conterráneos? La pasión política la había hecho desaparecer, igual que en Barcelona se había borrado su nombre de entre los de los hijos adoptivos de la ciudad, escrito en el histórico Salón de Ciento.

Prim habla al pueblo, su pueblo, en lengua catalana y, ante el temor de muchos, proclama su perdón, ya que "la cualidad más bella de los liberales es la generosidad para el vencido".

La llegada de Prim a Madrid resultó algo nunca visto: el pueblo había consagrado al conde de Reus como caudillo de la revolución y veía en él, más que en el general Serrano, el alma y guía del movimiento triunfante. Ni Espartero en 1840 había conseguido un recibimiento tan grandioso. El itinerario hubo de modificarse en vista del enorme gentío que acudía a saludar al hombre que

no había depositado en el gobernador militar de la plaza—, ora en Valencia, que había de sumarse al movimiento con el entusiasmo propio de lo que se ha aguardado por largo tiempo. Alicante no tardó en sublevarse, y con la capital, toda la provincia.

El recorrido de Prim por la costa resulta triunfal. Le acompañan José Malcampo y el general Serrano Bedoya, y mientras por tierra el gobierno sostiene la batalla de Alcolea —que dirige en nombre de Isabel II el marqués de Novaliches y por parte de los revolucionarios el duque de la Torre (28 de septiembre)—, batalla en la cual se decide el trono de Isabel II y en la que ha puesto el gobierno la última esperanza¹, Prim hace sumarse a la revolución las poblaciones del litoral mediterráneo. Sus manifiestos enardecen los ánimos y los emisarios que manda a las ciudades son recibidos en triunfo.

Cuatro días después de la batalla de Alcolea, de la que Prim se ha enterado a bordo de la "Zaragoza", desembarca en Valencia entre las aclamaciones y el delirio general. El conde de Reus es ya el ídolo del pueblo, el hombre de la máxima popularidad. El entusiasmo de Barcelona es inenarrable cuando las campanas de la catedral —cuyos repiques ahogan las salvas de los cañones del castillo de Montjuïc— anuncian que el héroe va a desembarcar en el puerto, que está repleto de un gentío ávido de saludar al paladín de la libertad, proscrito tantos años y al fin triunfante. Los saludos de los amigos, las voces de bienvenida del pueblo, los entusiasmos de la multitud, se suspenden un momento: el general Prim, en medio de un silencio que constituye para él máximo homenaje, abraza a su madre, que ha acudido a recibirlo en aquel día de gloria que compensa quizás, a la anciana, todos los que —tejidos

¹ El marqués de La Habana telegrafiaba desesperadamente al de Novaliches: "La situación de la costa del Mediterráneo es tal, que se hace absolutamente necesario que obtenga V. E. mañana una victoria".

en zozobra y dolor, inquietud y muerte— ha visto transcurrir en una soledad interminable. El hijo triunfador ha sido mucho tiempo un rebelde sobre el cual pesaba una sentencia de muerte. El abrazo es lo más sincero del apoteósico recibimiento. Unas horas más tarde, el conde de Reus puede apreciar la discordia que se ha sembrado ya entre los mismos miembros de la Junta Revolucionaria —fenómeno natural e incomprensiblemente despreciado por los iniciadores del movimiento—, acerca del régimen futuro de España.

Prim, como si presintiera que aquella oportunidad era la última que se le ofrecía para acudir a su ciudad natal, quiso pasar en ella unas horas antes de partir para Madrid, en donde ya había entrado triunfante el duque de la Torre. En Reus hubo más emoción, más sinceridad que en Valencia, Barcelona y Tarragona, en donde desembarcó de la "Zaragoza". Pero entre los suyos había de encontrar también los desengaños más crueles: ¿dónde estaba la espada victoriosa en Africa, que él había depositado en el Ayuntamiento para que la custodiasen sus conterráneos? La pasión política la había hecho desaparecer, igual que en Barcelona se había borrado su nombre de entre los de los hijos adoptivos de la ciudad, escrito en el histórico Salón de Ciento.

Prim habla al pueblo, su pueblo, en lengua catalana y, ante el temor de muchos, proclama su perdón, ya que "la cualidad más bella de los liberales es la generosidad para el vencido".

La llegada de Prim a Madrid resultó algo nunca visto: el pueblo había consagrado al conde de Reus como caudillo de la revolución y veía en él, más que en el general Serrano, el alma y guía del movimiento triunfante. Ni Espartero en 1840 había conseguido un recibimiento tan grandioso. El itinerario hubo de modificarse en vista del enorme gentío que acudía a saludar al hombre que

había vencido, más que con las armas, con la fe. Las flores lanzadas en su honor y los versos de circunstancias, entre los cuales había unos que tuvieron la fortuna de convertirse en estribillo popular de la jornada:

*En el puente de Alcolea
ganó la batalla Prim,*

hablan más que los decretos de la Junta, que las disposiciones de Serrano. Prim era el amo; su popularidad enorme explica la falsedad de los versos. La batalla de Alcolea había sido ganada por Serrano; Prim no pudo siquiera presenciarse. Si la musa popular le brindaba todos los honores, era porque sabía, con esa intuición maravillosa de que hacen gala a menudo las colectividades, que quien había de regir los destinos de España era Prim, el adversario de los Borbones y el que ahora, con su decisión de no transigir con ellos, mataba las últimas esperanzas que habían puesto Topete, el general Serrano y muchos otros militares unionistas en la candidatura de Luisa Fernanda.

Mientras Isabel abandonaba el suelo español con la frase despectiva: "creía tener más raíces en este país", en la pared del ministerio de Hacienda aparecía con grandes letras la leyenda: "Cayó para siempre la raza espúrea de los Borbones". La frase se inspiraba, sin duda, en la actitud de Prim frente a Serrano y Topete, y fué atribuída, por "la malignidad de sus adversarios —según Ballesteros¹— a Romero Robledo", que iba a ser precisamente, con el tiempo, uno de los servidores de Alfonso XII.

¹ *Ob. Cit.* Vol. VIII, pág. 147.

EL PODER

Resonaba todavía en las calles de Madrid el grito de "¡abajo los Borbones!", lema del pueblo sumado al pronunciamiento, cuando el general Serrano, después de una larga conferencia con Prim, constituía el Gobierno Provisional salido de la revolución triunfante.

Ya antes de la llegada del conde de Reus, el duque de la Torre había ofrecido algunas carteras del futuro ministerio —una de ellas a Nicolás María Rivero, quien no aceptó—, a ciertos destacados miembros de la conspiración, pero orientaba o pensaba orientar el gabinete a base, principalmente, de unionistas, dejando en segundo término a los partidarios de Prim y prescindiendo en absoluto de los demócratas. Resultaba evidente que el duque de la Torre quería desoir el grito del pueblo y que los compromisos adquiridos con el duque de Montpensier pesaban mucho en su ánimo y guiaban sus pasos. Para ello, y sin el estorbo de Prim, mientras el caudillo catalán estaba entre sus paisanos, preparaba el terreno, sondeaba a los hombres de la Junta de Madrid y ofrecía cargos: a Prim había de brindarle el nombramiento de capitán general del ejército y capitán general de Madrid. Manuel Cantero —que recibió la proposición— se excusó; la revolución había triunfado a base de una inteligencia entre unionistas y progresistas, y si los primeros podían ya hablar por boca del duque de la Torre, los segundos aguardaban a su jefe. Mientras él no llegase no podían los progresistas tomar en cuenta ofrecimiento alguno. Otra vez perdía